

UNO / Génesis

ÉL TIENE AHORA treinta años.

Su alma gemela, veintisiete.

Él nació en una sala de partos de la vieja Maternidad, en la calle de O'Donnell, un 25 de julio de 1977. Un parto natural, sin complicaciones, según lo previsto por el calendario que había establecido el ginecólogo.

Su alma gemela, un 4 de mayo tres años después, en la trastienda de una enoteca, que por entonces colgaba un cartel que decía: «La Hacienda Chica. Casa de Vinos». Sus padres estaban allí para celebrar su cuarto aniversario de bodas, y no le esperaban tan pronto. Ochomesino.

Él vino al mundo con una mata de pelo crespo y negro que nunca ha perdido. Sus tíos dijeron que tenía el mismo pelo que su padre, antes de quedarse completamente calvo, claro.

Su alma gemela llegó al mundo sin un atisbo de cabello. Con el transcurrir de los meses, le creció una pelusilla rubia, que después se transformó en una hermosa cabellera de un castaño claro, casi rubio, a juego con sus ojos, también cristalinos. Unos ojos que, después de unas semanas, cambiaron de color, aunque no de forma homogénea: el derecho se tornó avellana luminoso; el izquierdo, azul lechoso. Una prueba pediátrica de rutina no dejó lugar a dudas: en el ojo izquierdo, el más hermoso, no había ni rastro de visión. La anomalía era de nacimiento, pero los médicos no lo descubrieron hasta que

mudó de matiz porque el movimiento del iris era de una aparente normalidad. El defecto dotó al niño de una mirada inquietante, como de un ente de otro planeta. Con el tiempo, esa mirada de dos colores se convirtió en uno de sus encantos más elocuentes. Una mirada especial y única, turbadora pero excepcional.

Él tenía los ojos negros también. Negros como su pelo, quiero decir. Desde muy pequeño tenía una mirada melancólica y enternecedora, que hacía experimentar sensaciones de arrobamiento a todos los adultos que se acercaban a él. Tuvo salud de hierro, dormía de un tirón toda la noche, no lloraba si no era indispensable.

Su alma gemela fue un bebé enfermizo y delicado, algo que lo mantuvo casi dos años en el retiro de una habitación aislada. Las visitas preguntaban por él como el que pregunta por un familiar que se ha marchado al extranjero, pero nunca se atrevían a sugerir que lo sacaran para verlo. Pasó por todas las posibles enfermedades infantiles como por campos cuajados de minas: no se dejó una sola sin pisar, de modo que cuando cumplió los cinco años tenía el expediente médico de un anciano de noventa. Un año hubo en que cogió el sarampión en febrero, las paperas en abril y en noviembre estuvo dos semanas hospitalizado por una bronquitis. «Lo que no mata hace más fuerte», decían sus padres a todos los que se mostraban conmovidos por el drama familiar. Pero lo decían con un hilo de voz, como queriéndose convencer a sí mismo de algo que nunca entenderían.

Él se pasaba las tardes jugando con un mar de bolas de colores en una especie de jaula para niños que sus padres le habían instalado en el salón. Su hermana, cinco años mayor que él, se pasaba el día en la calle, participando en juegos propios de niñas, y cuando volvía a casa ni siquiera echaba una mirada

a su hermanito porque había exteriorizado un sistema infalible de defensa contra el intruso: la indiferencia. El niño no decía esta boca es mía durante horas, lo que facilitaba la labor de su madre, que se pasaba los días enteros en la cocina preparando platos succulentos para su suegro, militar retirado que no perdía la gana de comer a pesar de la ausencia casi total de actividad. Cada cierto tiempo, la madre recordaba que tenía un niño de corta edad, acudía con paso raudo al salón y decía: «¿Lo estás pasando bien, cariño?», como si el infeliz le pudiera responder.

Su alma gemela, mientras tanto, mascaba el aire más que lo respiraba (por el asma) en una cuna con dosel, adorado por su madre, dos de sus tías paternas, una prima crecida y la vecina del segundo, que siempre culpaba de los males del muchacho a la escasa preparación de los médicos actuales. «Si yo hubiera tenido posibilidad de estudiar, aquí iba estar viendo sufrir al angelico», decía, y se mordía el labio inferior ante la impotencia del caso. No eran conscientes de que tanta gente reunida alrededor de la cuna envenenaba el escaso oxígeno de la habitación y, más que ayudar, hacía empeorar el estado del niño. Hay amores que matan.

Él aprendió a andar antes que gatear. Aprovechaba la desidia de su madre para pegar unos bofetones de infarto a su abuelo mientras descabezaba sueñecitos de anciano insomne en el sofá. Cuando le atizaba con la manita abierta y todas sus fuerzas de niño sanote, le entraba un ataque de risa sin malicia, pero que al abuelo le asustaba porque le recordaba al terrorífico protagonista de una de sus películas favoritas, *La profecía*. Estaba seguro de que aquel demonio de chico seguiría los mismos pasos.

Su alma gemela iba a un especialista para hacer ejercicios especiales y desentumecer sus músculos tras varios meses encamado. El doctor perdía la paciencia porque no había visto

un caso igual, así que no se observaban avances significativos, por lo que la madre lo amenazó varias veces con llevarle ante los tribunales por negligencia médica. Eso sí, el niño aprendió a hablar antes de tiempo, supongo que por la cantidad de adultos que se citaban alrededor de su lecho para parlotear sobre lo divino y lo humano y dejar sin aire respirable al pobre muchacho. Sus primeras palabras fueron «vete» y «calla».

Él tardó más de la cuenta en hablar, y cuando lo hizo fue con la ayuda de un logopeda. Tantas horas solo en la jaula, con la única compañía de trescientas bolas de colores y un abuelo de siesta en siesta, le provocaron un retraso que aún le pasa factura cuando quiere expresar algo complicado y su incapacidad para hacerlo le obliga a recurrir a la infancia: «Si me costó dos años aprender a decir “ajo”, ¿cómo no me va a costar explicar esto en dos minutos?» Su primera palabra, sin embargo, no fue el archiconocido ajo, sino «teta». Su madre acababa de retirarle el pecho y él no estaba dispuesto a perderse uno de los mayores placeres de un infante. «No sabe ná el jodío niño», exclamó su padre, con la ciencia propia de un albañil. A partir de entonces, se intensificaron los bofetones a su abuelo en la duermevela, acompañados ahora de patadas en sus frágiles rodillas y mordiscos en sus brazos pellejados de anciano indefenso. Estos últimos provocaron episodios de pánico en la familia al creer que el abuelo había contraído a saber qué extraña enfermedad propia de la senectud. El niño seguía riendo a carcajada limpia cada vez que veía el terror reflejado en los ojos de su abuelo. Su hermana mayor, por su parte, había somatizado la idea de que no existía ningún otro menor de edad en la casa que no fuera evidentemente ella.

Su alma gemela utilizaba otras armas para intimidar a quienes le acosaban en su obligado retiro. Le gustaba culpar de sus males a los que le rodeaban y se cree que fue quien inventó

la guerra psicológica. Con sólo cuatro años achacaba en público su debilidad a la extrema protección de su madre, que escuchaba con horror las palabras del niño como si fueran una sentencia de muerte, acongojada más aún por la desigual mirada del pequeño. Crecer sin referente paterno también le había machacado sus «escasas defensas naturales», decía el renacuajo, así, con esas mismas palabras escuchadas en quién sabe qué programa de televisión no tolerado para menores. Y su padre, representante de cosméticos y, por tanto, viajero incansable, que había hecho jornadas interminables de trabajo para costear los tratamientos en clínicas privadas, se mordía las uñas por no estrangular al ingrato. Sus tías paternas, escandalizadas y atemorizadas por la posibilidad de sufrir un mal de ojo, regresaron a sus hogares para cuidar de sus familias, a las que tenían olvidadas, según el crío «porque les interesaba más chismorrear en cónclaves vecinales que ejercer como madres ejemplares». Con ellas se llevaron a la prima crecidita, de la que el mocoso decía que iba a quedar «para vestir santos». Y para la vecina del segundo sólo tuvo palabras cariñosas: «Si hubiera estudiado medicina, como siempre dice, por supuesto que no estaría yo sufriendo: estaría muerto desde hace tiempo».

Él se convirtió en el matón del colegio desde el primer momento. Los profesores siempre decían que tenía muchas cualidades buenas, pero que no quería desarrollarlas. Era un modo elegante de expresar que no había manera de domeñar a una bestia salvaje de tal calibre. Era más fuerte que todos sus compañeros y sabía cómo dominarlos. A los más pequeños les quitaba el bocadillo en el recreo y lo repartía entre los que eran de su tamaño, para así convertirlos en sus acólitos. Le excitaba humillar a los demás.

Su alma gemela entró en un colegio privado y aprovechó cada una de las clases para aumentar su bagaje cultural. En el

recreo se reían de él, le decían «siberiano» por sus ojos similares a los de algunos perros de esa raza, y le llamaban «marica» porque no quería jugar a fútbol. Le robaban el corbatín del uniforme para que el profesor le castigara por ser descuidado. No le importaba demasiado, sabía que en el futuro se vengaría de todas aquellas afrentas. Incluso a veces descubría dónde le habían escondido el corbatín antes de que llegara la consabida reprimenda, pero en vez de abrochárselo con premura, se lo guardaba en el bolsillo del pantalón porque le gustaba sentir la humillación de un adulto. Nunca había experimentado una sensación igual: desde que nació, todos lo tuvieron entre algodones, lo sobreprotegieron como si fuera de cristal; la humillación era, por tanto, algo nuevo para el niño, una experiencia reconfortante después de tantos paños calientes, y lo disfrutaba como si fuera un regalo. Le excitaba que le humillaran.

Él hizo el bachillerato de ciencias porque su padre quería que fuera algo en la vida (para el albañil eso significaba que ganara dinero en abundancia): ingeniero, arquitecto o forense. Repitió todos los cursos dos veces, tuvo tres novias diferentes en cada uno de los cursos repetidos y otras tantas peleas con los que fueron sus novios hasta la fecha, con el desagradable resultado de diez puntos en la barbilla, cuatro en una oreja, un ojo morado, la nariz partida y dos esguinces de muñeca. El padre dijo que el fracaso escolar era producto de su afición por las chicas. Las chicas iban por ahí con el cuento de que era un fracaso, sí, pero como amante. Él hizo como que no oía ni lo uno ni lo otro, y cuando terminó el bachillerato comenzó a trabajar en un taller de chapa y pintura. Aún visitaba la casa de una de sus ex novias, pero no por ella, sino por su madre, viuda desde hacía años, que todavía le preparaba bocadillos de *Nocilla* para la merienda y le practicó las primeras felaciones

que el apuesto joven disfrutó en su vida. Poco después se marchó de casa y se fue a vivir con la viuda, ante el escándalo público y la estupefacción de la hija de ella y ex novia de él, que más por vergüenza que necesidad se largó a su vez con un americano de muy buen ver que trabajaba en la base de Torrejón. La viuda recuperó el tiempo perdido y él aprendió más que si hubiera cursado una licenciatura de las largas. Su padre se echaba las manos a la cabeza: lo de la viuda era grave, pero lo de que puliera chapa en un taller de barrio era inaceptable: «Cría cuervos», decía apesadumbrado. Luego miraba a su hija y agregaba: «Estarás contenta, ya estás sola otra vez». «¿Que se ha ido quién?», preguntaba ella para así continuar con un juego que duraba ya casi dieciocho años. Poco después, ella también se fue: conoció a un biólogo que le doblaba la edad, que estaba de paso por Madrid pero que vivía en Barcelona, y decidieron, de un día para otro, formar una familia en la ciudad condal. Y de un día para otro, se largó, sin despedirse de sus padres y, mucho menos, de su hermano.

Su alma gemela estudió letras puras y no se relacionó con nadie en los cuatro años de bachillerato. Con nadie de su edad. Algunos profesores lo tenían por superdotado, lo saludaban en la cafetería y charlaban con él sobre filosofía, literatura o historia, como si fuera un miembro más del claustro. Incluso un par de ellos lo invitaron a su casa para que sirviera de referente a sus hijos, díscolos como el común de los adolescentes. Y hubo uno que también lo invitó a su casa, pero éste no tenía esposa ni vástagos, sólo una imperiosa necesidad de acariciar el cuerpo del joven. Sólo diré que aquella misma tarde, y casi a la misma hora, hubo en la ciudad dos muchachos que descubrieron a la vez pero en diferentes lugares lo que es el sexo oral, aunque no desde la misma perspectiva. El profesor no era viejo, aunque tampoco demasiado joven; mantenía una

figura atlética y la potencia de un semental, así que fue buen maestro de un alumno que sólo se dejó adoctrinar durante cuatro clases magistrales en días alternos, acabadas las cuales el chaval dijo «*au revoir*» y desapareció de su vida, que no de su aula, a la que acudía puntual todos los lunes, miércoles y jueves a las diez de la mañana para descubrir la poesía de la Generación del 27, Alexandre sobre todo. Tenía un gusto exquisito por la moda, quizás algo adelantado para su tiempo, lo que provocaba rumores entre los corrillos, pero nada grave en comparación con el acoso que sufrió en el colegio. Tuvo otro encuentro sexual más, esta vez en los baños del centro con un compañero de clase que siempre negó que le gustara, sólo que le daba morbo la situación, y que le pidió discreción absoluta, aunque en el reservado y con la puerta cerrada se comportó con la prudencia de una auténtica ramera. Era un muchachito guapo y muy atractivo, aunque demasiado inmaduro para él, pero accedió más por curiosidad que por deseo, y después de la experiencia decidió que nunca más volvería a probar suerte con sus coetáneos. Le gustaba más aprender que enseñar.

Él se cansó pronto de la viuda: ella acabó tratándole como si fuera su hijo, y madre no hay más que una porque dos son demasiado. Como disfrutaba de un sueldo a fin de mes y conocía lo que era la independencia, decidió alquilar un piso con un par de tarambanas de los que le bailaban el agua en el instituto, y aquella vivienda de San Blas se convirtió en un centro social en el que eran bienvenidos personajes sin oficio ni beneficio, chicas con pocos prejuicios y camellos que traían material a cambio de una colchoneta en la que pasar la noche. Él se mantuvo alejado de todos ellos, excepto de sus dos amigos de la infancia, que no eran mejor que los demás, pero al menos recordaban su nombre. Con ellos aún salía los fines de semana hasta altas horas. También intimó con alguna de las

muchachas que estaban de paso, más por aliviar los largos periodos de abstinencia que por ampliar su círculo de amistades. Pulía chapa en el taller, traía comida sana a casa, corría cinco kilómetros todas las tardes e iba al baño con regularidad de maquinaria suiza. Así todos los días durante casi cuatro años, hasta que se topó con su alma gemela: un periodo de su vida en el que luchó para abstraerse de su entorno con el único objetivo de no aceptar que se equivocó cuando se marchó de casa, y así no darles la razón ni a sus padres ni a la viuda.

Su alma gemela terminó el bachillerato y, aunque quería estudiar bellas artes, su precario estado de salud constante se lo impedía, ya que padecía alergias a todo tipo de pinturas acrílicas, óleos, tintas artificiales y hasta al polvillo de la cerámica. Su padre ya estaba retirado y había puesto una tienda de jabones en Tetuán, al lado de casa. Quería que su hijo le llevara las cuentas y se encargara de los pedidos, para heredar poco a poco el negocio porque él estaba mayor para tantas complicaciones. Le ofrecía así un puesto tranquilo, además de un sustento para generaciones futuras. Sin embargo, él no iba a pasarse el día entre jabones perfumados ni a darle el gusto a su padre, cuya ausencia durante su infancia servía ahora para explicar el exceso de amaneramiento en sus gestos y la palpable sensibilidad casi femenina que manaba de sus poros como si fuera el sudor. Busó la materia que menos se acercara al negocio familiar, así que se matriculó en la facultad de Veterinaria de la Complutense. No le importó que su trayectoria hasta el momento fuera por derroteros más literarios, pensó que tenía cerebro para eso y mucho más. Enseguida se hizo amigo de un periodista, cinco años mayor que él, que trabaja en la sección de cultura de una radio local y que en los ratos libres estudiaba en su misma facultad, «para cuando me canse de esto», decía señalando su grabadora, de la que no se despegaba

ni siquiera para dormir. Y no es una forma de hablar, porque en varias ocasiones ambos se fueron juntos a la cama, y el periodista podía dormir sin calzoncillos, pero no sin su grabadora en la mesilla.

El mundo da una vuelta entera sobre su eje cada 24 horas. Tarda 8.760 horas en girar alrededor del astro rey. Durante nuestra vida, vemos salir el sol unas 27.375 veces, y otras tantas veces lo vemos ponerse. Y quiere la suerte que uno de esos miles de días que pasamos sobre esta tierra nos encontremos por casualidad con quien nos hará el tránsito más agradable. La dichosa Fortuna hila fino para conseguir que en una hora determinada de las 657.000 que vivimos estemos en el lugar preciso para entretrejer nuestra madeja con la de alguien que hasta ese momento no existía en nuestro mundo.

Ésta es la historia de cómo un 23 de septiembre de 1999 un rudo mecánico de taller y un ochomesino adicto a la sumisión se encontraron atados el uno al otro como por arte de magia. Ésta es la historia de una atracción tormentosa e intermitente en el tiempo que dura ya ocho años. Y que posiblemente dure más, sólo hay que esperar al final para descubrirlo.

Ésta es la historia de él y de su alma gemela.

Él se llama Jorge. Su alma gemela, Rafa, pero cuando esta historia comienza, está a punto de descubrir que en realidad quiere ser Judith.